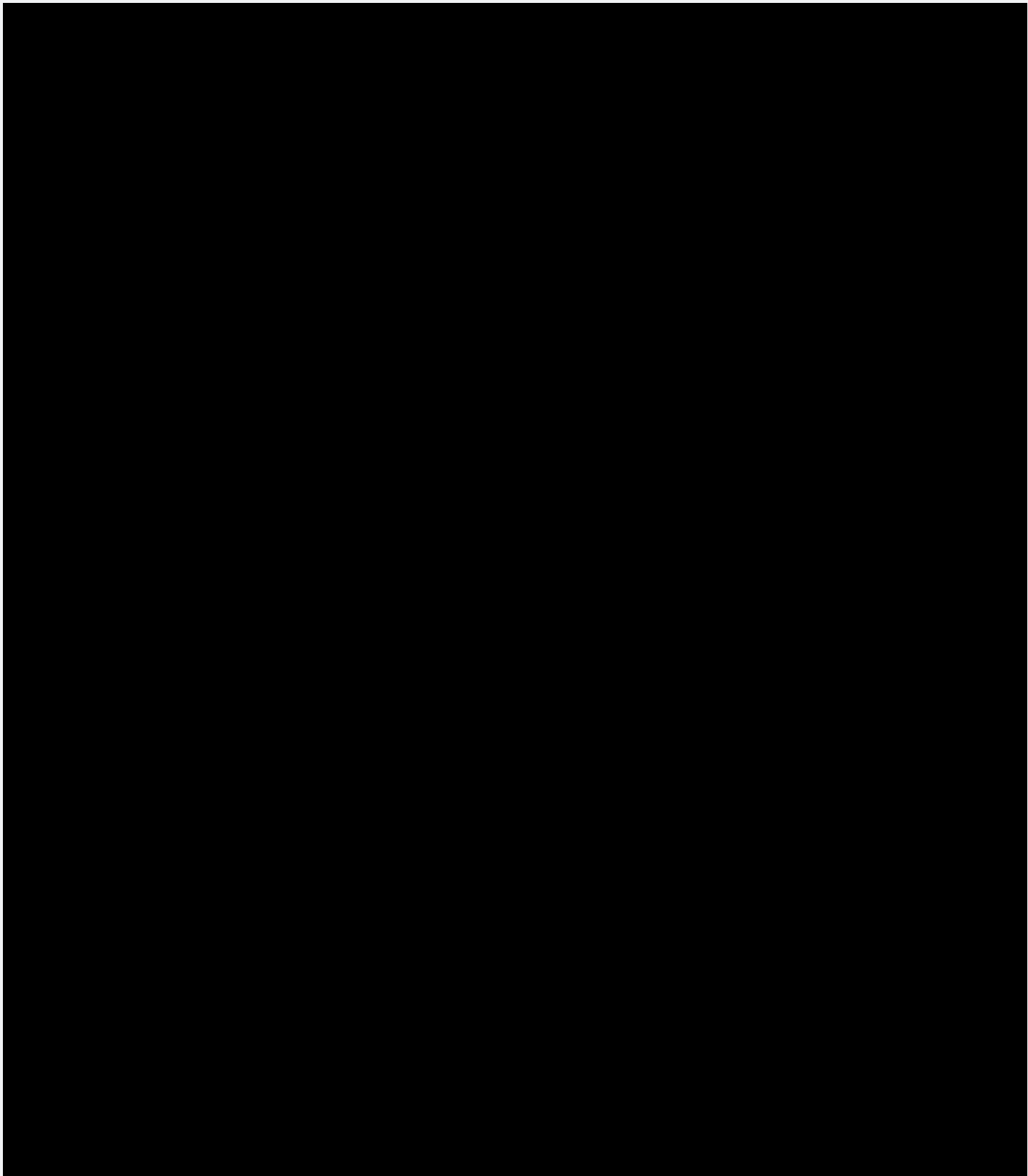


*arquitectura
y emancipación*

CARLOS TAPIA¹



- 1 Carlos Tapia es doctor arquitecto, miembro del Departamento de Historia, Teoría y Composición Arquitectónicas de la ETS Arquitectura de Sevilla, España. Participó como profesor visitante del doctorado FADU-Udelar, segunda cohorte.

**Tahl Kaminer (2017),
The Efficacy of
Architecture:
Political Contestation
and Agency**

Para cualquier educador en arquitectura, una escena se repite con cada nuevo curso. La escena muestra reuniones de los equipos docentes preguntándose cómo mejorar la formación en sus disciplinas, cómo renovar los planes de estudio adecuándose a los tiempos que corren, cómo asimilar lo que otras facultades y escuelas están poniendo en práctica. Cabría proponer una escena complementaria, fuera de recintos y reglamentos, donde las verdaderas —por sinceras— preguntas emergen. Se sitúa en los pasillos, los corredores, diríamos mejor, donde las preguntas son más ágiles e, incluso, correspondientemente atléticas. Digo atléticas, asimismo y de la mano de la explicación de asceticismo de Sloterdijk, pensando que no caben en la formación de arquitectos distinciones entre la vida activa y la pasiva, entre la praxis y la teoría. Siendo aún un estudiante, a inicios de los años noventa del siglo pasado, escuché una de esas conversaciones de pasillo, escaleras arriba, en las que las desinhibiciones se tornan desvergonzadas y los testigos, como yo, retienen con más fijación lo dicho con voz entrecortada, tal vez no tanto por el cúmulo de escalones descontados, sino porque un cierto descubrimiento para sí mismo emergía con más intensidad que lo logrado en la clase previa por quien hablaba. Quien hablaba era un entonces joven profesor de éxito profesional y admiración estudiantil, que departía con un maestro de profesores, curiosamente sólo algo mayor que él. Por esa razón, porque le hablaba al maestro, su voz conseguía acompasar mejor el esfuerzo de la respiración en la subida de planta, por la gravedad de lo que se decía. Y decía algo aproximado a que la de(s)construcción no podía ser impulso para la arquitectura. Si se trataba de amalgamar una clave de pensamiento para una disciplina ajada por prácticas obsoletas o ensimismadas, ni siquiera autónomas, decía nuestro brillante profesor, bastaba con dejar pasar el tiempo. La de(s)construcción pasaría como formalismo como tantos otros y el propio sistema de consumo de imágenes lo colocaría en el lugar que le corresponde: no los libros de historia de la arquitectura, sino la historia de unos libros que creyeron ingenuamente transmutarse en arquitectura.

Para mí, que ansiosamente necesitaba asimilar y comprender lo que se llamaba y aún se llama teoría de la arquitectura, que ansiaba extenderla en un pensamiento



crítico cuando la propia crítica ya dictaminó que no había necesidad de «tanta teoría»,² la acción arquitectónica no podía atreverse a diferir de su fin último: ser un campo de conocimiento. Ya he hablado en algún caso de este asunto, incluso, sin mencionarlo expresamente, en las páginas de la revista **THEMA**.³ Pensar la arquitectura ya era hacerla, y por método de pensamiento teníamos la acción proyectual, exhortada con una urgencia de renovación estructural. La de(s)construcción era una forma de praxis y no filosofía de la negación para arquitectos mal preparados para leerla. Si los estudiantes de los últimos cursos necesitábamos una arquitectura que cambiara las cosas, Derrida era quien derribaba ideologías de dominio, quien evitaba el mantra del *futuro*, quien proveía a la arquitectura de las armas necesarias para ser eficaz en todas las escalas de su desarrollo.

Para los estudiantes actuales en arquitectura, estos debates parecen ajenos, superfluos y meramente académicos. No sé si vislumbran la importancia de formularse, ya en época de estudiante, la pregunta que Moneo se hizo buscando el sentido que ha de tener la especificidad de la arquitectura. Moneo escribió, críticamente (en *Arquitecturas Bis*), en el declive del movimiento moderno en los años setenta, que el fin de la arquitectura, al ser construida, era la *invención de la forma*, pero desligada de un imperativo

2 Sirva el repaso que hace Joan Ockman en E-Flux sobre la disquisición en esta época entre la pertinencia y el oportunismo, con posterior rechazo en la relación teoría/historia de la arquitectura. La barra es importante. OCKMAN, J. (2017). *Slashed*. Disponible en <<https://www.e-flux.com/architecture/history-theory/159236/slashed/>>. Consultado el 10 de julio de 2019.

3 TAPIA, C. (2018). «Silencios cartográficos, acciones arquitectónicas», **THEMA**, 2, pp. 19-30.

moral que traía la función como adalid de los parámetros de proyectación en el seno del movimiento moderno.

Después de esa pregunta de Moneo, después de que lo crítico se tornara asimismo autónomo, tras su intento de apropiación y dislocación por lo poscrítico, después de superar el *deconstructivismo*, después de informalismos que clausuraron un milenio, de la arquitectura del *star system*, de la madre de todas las crisis y el acto de constricción de los pecados escenificado por los arquitectos en la representación del Juicio Final, con un planeta agonizante, la pregunta se amplía: ¿para qué la arquitectura? Eisenman, que en el texto de Moneo aparece como el liquidador de funcionalidades y resucitador de una arquitectura no humanista y sí plenamente autónoma en su objetualidad, a propósito de la poscrítica, ya constituida como la reafirmación conservadora⁴ de las acciones arquitectónicas, en los mismos días en que mis profesores no tenían destino en el horizonte indeterminado de su recorrido de pasillo, consideraba que la misión de la arquitectura era la «adquisición de la forma»,⁵ debiendo aclararse que sin relación con lo dicho por Moneo.⁶ Lo crítico,⁷ en arquitectura, surge de saberse a contracorriente de la cosmovisión que cada generación tiene de sí, y se deriva de ello que sea llamada revolucionaria, ideológica o vanguardista. Eisenman,⁸ que acomoda los textos de Robert Somol en su propio discurso, explica que lo crítico es algo reactivo, dialéctico. Al ser de carácter oposicional, necesita incluso negarse a sí mismo. El lugar de la negación de lo crítico se encuentra en lo literal, en las cuestiones de hecho, en la vida tal cual es. Lo crítico provee conciencia, autorreflexión para el hallazgo del significado, como lo hacen los formalismos, o como fija un escrito. Frente a lo crítico, lo literal, lo que no es abstracto o, con un neologismo, lo poscrítico. Si lo crítico proporciona reactividad, es porque hay resistencia, y el fin de la arquitectura es capaz, a través de sus formas, de facilitar alivio a los problemas sociales. ¿Es esto una proposición válida para nuestros días? Si uno se va al pasillo del Institute of Architecture, University of Applied Arts Vienna,⁹ que permitió hablar de teoría con tono franco a Patrik Schumacher,¹⁰ declarando que el libro en que se basa su opinión, escrito por él mismo,¹¹ era el *fulcrum* al que recurrir en caso de exceso de *doxa*, aún encuentra eco, cuya resonancia alcanza, más allá, lugares tanto ajenos como receptivos. En su opinión, la arquitectura necesita los discursos en su parte de formación académica y los resultados son, por primera vez en la historia, generaciones de arquitectos cuyo marco de trabajo no sale del ámbito del dibujo especulativo.

Para que la arquitectura sea, se encarne (*Menschwerdung*, alcanzar humanidad), requiere del entorno construido, que es lo que fija el sentido evolutivo de lo social, siempre en opinión del socio principal de la firma Zaha Hadid Architects. Me pregunto cómo descontextualizar el entorno construido de los discursos, de la ideología o de la historia. El personaje Roithamer de la novela *Corrección* de Thomas Bernhard odiaba las palabras *arquitectura* y *arquitecto*, y se regocijaba, en cambio, con los términos *constructor* o *arte de la construcción*. Roithamer,¹² un constructor de corte wittgensteiniano, se volvía vehemente al expresar equivalentemente lo que el filósofo pensaba de la arquitectura y los arquitectos: el buen arquitecto es el que se resiste a todas las tentaciones. ¿Qué ha de resistirse a admitir el arquitecto cuando ya no hay nada que haga necesaria la arquitectura? ¿Tenemos hoy los arquitectos un «plan de consistencia», como diría Deleuze, aunque el autor francés, como su compatriota Derrida, ya no se lleve? ¿Somos, al menos, eficaces en algún aspecto que las sociedades contemporáneas tengan en consideración?

Me gusta François Jullien. A los sinólogos oficiales, no. Pero siempre me ayuda con mis argumentos. En este caso, sobre la eficacia¹³ también. Jullien devuelve el nombre *academia* al gimnasio de los atletas —griegos— que piensan y actúan. Lo eficaz, a la griega, significa que construyo un modelo, una forma modelo, ideal, a la que le asocio un plan y un objetivo. Tras de ello, de lo que se trata es de cumplir el objetivo. Jullien pone de ejemplo lo dictado en *La República* de Platón, no para un arquitecto, sino para un general. Un buen general es bueno en tanto sea buen geómetra. Modelización de modelizaciones, la geometría traza la abstracción perfecta. Cabrían más matices en la eficacia griega, como cuando a Ulises lo llaman «astuto». Astuto, dice Jullien, sinónimo de saber surfear, implica saber desarrollar una estrategia de adaptación a lo que está por llegar, para sacar provecho. Si ahora lo llevamos a la arquitectura, sin plan de actuación, el acomodo del arquitecto a lo que está por venir lo hace eficaz, pero no eficiente. Frente al logro de los efectos deseados, que es la eficacia, la eficiencia alcanza lo esperado con el menor empleo de recursos o tiempo. Tal vez, al hablar de arquitectura, de la que se juega su pertenencia a su tiempo, no sea tan importante el ahorro de insumos o correr —por los pasillos— en exceso como tener clara su misión: su eficacia.

Si Moneo retiró, en el año 1978, el modelado del movimiento moderno; si los últimos astutos, en nuestros días, se colocaron del lado de la desintegración del Estatuto de

4 Ver: OCKMAN, J. (2009). «One for the sandpile», *Journal of Architectural Education*, vol. 62, 3, Criticism in Architecture, febrero, pp. 26-27, 99.

5 «Para la arquitectura, que debe seguir funcionando, cobijando y dando forma, esto supone un reto crucial. La arquitectura debería cuestionar la idea de su encarnación previa tanto del significado como de su función social y, por tanto, de sus actuales

modos de legitimación. ¿Y qué aspecto tendrán las formas de esta investigación cuando lleven a cabo este desgajamiento? Estas son las cuestiones que afronta una arquitectura que ya no tiene canon, sino tan sólo, como punto de partida, su propia y singular posibilidad de ser: su adquisición de forma» (EISENMAN, P. 1996. «Formar lo poscrítico: Arquitectura, función y significado», *Arquitectura Viva*, 50).

6 MONEO, R. (1978). «Entrados ya en el último cuarto de siglo...», *Arquitecturas Bis*, mayo.

7 Si se quiere ampliar, hemos escrito más sobre ello aquí: TAPIA MARTÍN, C., y LÓPEZ-MARCOS, M. (2014). «Negatives Denken. Contraespacios e impolítica para una revisión (¿crítica?) del estatuto de la arquitectura». I International Conference on Architectural Design and Criticism.

8 EISENMAN, P. (2007). *Written into the*

la Arquitectura y a favor de la ola perfecta para surfear en el neoliberalismo, ¿cómo es posible que encontremos un autor que encare el problema de la eficacia de la arquitectura? Es posible. Hay contadas cabezas pensantes en arquitectura con capacidad de sobrevuelo y evidenciando riesgo al pronunciarse. Hay, por los pasillos, más laudatorios astutos que críticos perspicaces. En Tahl Kaminer encontramos uno de esos últimos. Se trata de un último que refleja su pertenencia a ese grupo de resistentes, pero quizá también de los pocos que merezcan la pena, y a pesar de su relativa juventud, lo que le da una trayectoria de amplias perspectivas.

Kaminer ya había lanzado un primer libro en 2011, publicado por Routledge: *Architecture, Crisis and Resuscitation: The Reproduction of Post-Fordism in Late-Twentieth-Century Architecture*. Y, en 2017, aparece el libro que revisamos hoy: *The Efficacy of Architecture: Political Contestation and Agency*. Entre ambos y hasta el 2019, hay una serie de contribuciones como «Radical democracy and spatial practices» en 2018, dentro de *The Routledge Companion to Architecture and Social Engagement*, o «Democracy and informal policy-making: Planning appeals in Scotland», en *Town Planning Review 90*. Como puede verse, son títulos que definen el posicionamiento político de un autor, comprometido con la docencia (ahora en la Welsh School of Architecture, Cardiff University, Reino Unido), tratando de dar carga histórica a los procesos enmascarados u obliterados, reanimando el papel de la crítica y recelando de los activismos *altermundistas* que juegan en las ligas más *mismomundistas*.

The Efficacy of Architecture (La eficacia de la arquitectura) se divide en tres partes: «Crítica, reformismo y cooptación» es la primera, «La arquitectura de la democracia radical» constituye la segunda, y se acaba con «Los lenguajes de la arquitectura».

Si en la primera se pone de relieve el carácter de una arquitectura contrahegemónica, aliada de los movimientos reformistas en el avance del siglo XIX, como la eficacia más evidente en la reciente historia de la arquitectura, abriendo paso a la modernidad y al estado del bienestar en ausencia de simbolismos, habrá que esperar a la última parte para comparar ese proceso decimonónico con la década del sesenta con los Rowe, Koetter, Rossi, Venturi, Botta, etcétera, donde lo simbólico se alinea, a veces sin pretenderlo, con las fuerzas del orden neoliberal (diríamos hoy). En ambos casos, se percibe que la arquitectura provee un proyecto emancipatorio, esto es, pedagogías críticas focalizadas para desarrollos activos que transformen el orden social vigente, para bien o para mal. Los acervos de los términos

creatividad, diferencia, espontaneidad, autorrealización, individualización, libertad se enarbolan a través de la simbolización que asume la arquitectura. Si bien Kaminer reinserta numerosos casos de arquitectura ya sitios en la historia a las emergencias más recientes que aparecen carentes, digamos, de su pecado original, consiguiendo con ello dar el justo lugar a las descontextualizaciones que se prodigan en aras de presentarse como creadas sin parentesco, la insistencia en la significación podría parecer un tanto anclada en un diagnóstico sobrepasado. Umberto Eco, semiología, Mayo del 68 y tanta carga de semiología y teoría de la acción comunicativa constituyen un marco que se está revisitando en la actualidad, como 50.º aniversario, y causa cierta sorpresa al lector mantenerlo como base referencial de las hipótesis. Sería como admitir que una urdimbre se desata de su época y se anuda para seguir atezando la actual. Conforme se avanza en la lectura, la insistencia se mantiene en la lectura significativa arquitectónica como plusvalía del tardocapitalismo. Vistos los resultados de los últimos años, difícil es no darle la razón al autor, ya sea porque sepamos que, junto con la requerida normalidad que debía apearse a la de(s)construcción, se certificaba la defunción de los lenguajes posmodernos y, sin embargo, algunos de aquellos siguen redivivos entre nosotros.¹⁴ Si se trata de ser eficaces y no directamente eficientes, pueden admitirse licencias, como esta de la semiótica en arquitectura, donde pretendiendo llegar al logro de una emancipación por la arquitectura podríamos emplear las herramientas más adecuadas. En el libro compilatorio de Nadir Lahiji¹⁵ que plantea esta pregunta, Joan Ockman tiene el encargo de cerrar el libro. Acierta al decir que la cuestión de si es la arquitectura un proyecto emancipatorio, en sí, debería entenderse como un problema filológico, cargado de resonancias, pero mayormente dentro de su propio sistema discursivo. Pero que la pregunta es, a las claras: emancipatorio el proyecto arquitectónico, ¿para qué?

Usa Ockman una cita de Foster Wallace donde se interroga a una niña para que determine qué parte de la escoba es la más importante, si el cepillo o el palo. Después de probarla con ahínco, decide apostar por el cepillo porque, aunque más incómodo de usar, sigue sirviendo a su función, cosa que no es así de intentarlo con el mango. Pero a la niña se le hace ver que nadie le preguntó que el uso a cuestionar fuera el de barrer. Si se quiere romper una ventana, sería mejor el palo. Lo eficaz depende del objetivo, hemos de recordar de Jullien. Ockman no deja, como nosotros hemos dicho más arriba, de ver imposibles para

Void: Selected Writings, 1990-2004. Yale University Press.

9 <<http://i-o-a.at/sliver/>>

10 The Societal Function of Architecture. Patrik Schumacher, Vienna 2011.

Abbreviated transcript of Patrik Schumacher's 10A Sliver Lecture 05.04.2011, edited by: Robert Neumayr and Patrik Schumacher. Published in: Wolf D. Prix & Kristy Balliet (editors), *Massive Attack*

- 10A Sliver Lecture Series: Selected Friends and Enemies, Edition Angewandte, Birkhaeuser Verlag, Basel, 2015.

11 SCHUMACHER, P. (2011). *The Autopoiesis of Architecture, Volume I: A New Framework for Architecture*. John Wiley & Sons.

SCHUMACHER, P. (2012). *The Autopoiesis of Architecture, Volume II: A New Agenda for Architecture*. Wiley.

12 Ver: COMETTI, J. P. «El gesto del arquitecto».

Texto de una conferencia dictada por el autor en la Pontificia Universidad Católica del Perú el 12 de abril de 2007. Anteriormente, apareció publicado en francés en la revista *La Part de l'Oeil*, 8 (1992).

13 JULLIEN, F. (2006). *Conferencia sobre la eficacia*. Buenos Aires: Katz Editores.

14 Merecería esta aseveración una aclaración. Más que por las cuestiones del lenguaje significante, deberíamos hablar

que una arquitectura dispense eficacia emancipatoria en el neoliberalismo.

Resistir —«the great refusal», dirá Ockman incorporando la genealogía del rechazo emancipador de Marcuse, que se ampara en el Walter Benjamin de los 30 y en el Blanchot del 58 y del 81—¹⁶ será, para ella, colocar el condicional a la pregunta, aunque dé lugar a pensar que de lo que se debe seguir hablando es de la emancipación del arquitecto y no tanto de ser social la arquitectura al habilitar un entorno construido. Sin embargo, Peggy Deamer, en el mismo libro de Lahiji, recela de que el arquitecto, en el seno de una institución que es machista, sexista, jerárquica, sea capaz de emancipar nada sin empezar por su propia casa. La lucidez de Ockman consiste en empezar precisamente por la casa propia considerando el condicional. Será la arquitectura un proyecto emancipatorio si y sólo si del exceso, del lujo, pasamos a lo necesario: dejémonos de objetos legibles, como Tafuri pretendió en algún momento, para hacernos cargo, con toda nuestra capacidad, de lo verdaderamente importante: gestionar y repartir la toma de decisiones, paliar los efectos de la hiperurbanización y encarar los desafíos medioambientales. La conclusión de Ockman, el objeto para la obtención de la eficacia, pasa por un reacomodo del término *vanguardia* para dar impulso a un proyecto común, reconociendo ella misma, a pesar de todo, su fragilidad ante tal recuperación, donde una posibilidad real de cambio, emancipatoria, provenga de arquitectos practicantes en conciencia.

No será una acción de vanguardia (querría encontrar yo en ella que se refiere a *vanguard*, ligada a lo político, y no solamente a *avant-garde*, en lo artístico, como ha diferenciado bien Buck-Morss)¹⁷ lo que concluya Kaminer, sino una rehabilitación del papel de la crítica (de lo que se trata es de criticar cada práctica en la *historia*, como diría Benjamin), una desconfianza de los arquitectos de la *resistencia figurada* —en la estrategia del capital— (de la que apenas se salvan Lacaton y Vassal), una reivindicación del papel del arquitecto en la sociedad (sin riesgos a grandes cambios, como sí necesita Ockman) y una revisión de los procesos sites en la historia que no pueden, no deben ser olvidados o reescritos, sobre arquitectura y emancipación (en lo tocante a las figuraciones de la democracia radical, desde la ciudad de cuño posfordista pasando por los procesos participativos y contestatarios, reflexivos y prácticos).

Particularmente interesante es el empleo de las tesis de Korsch, un disidente marxista alemán dentro del Partido Comunista y luego exiliado a Estados Unidos, que escribió

Marxismo y filosofía en 1923, con graves contestaciones por parte de los ideólogos del partido. En sus textos, críticos con lo que él llamaba las debilidades ideológicas del marxismo que imposibilitaban la revolución, paulatinamente se expresaba un desencanto hasta el abandono del marxismo. La tesis de Korsch enunciaba que cuando precisamente no se consigue la revolución, por la falta de oportunidad, de verdadera esperanza, lo que emerge es una agenda reformista impelida por la crítica. Es lógico si se piensa. Si no cabe actuar para la revolución, una distancia mínima para la acción es la crítica, que orienta teóricamente la praxis. Al describir en esos términos los periodos entre la mitad del siglo XIX y 1923, según Kaminer, se encuentra que entre 1843 y 1848 hay un fermento revolucionario, que luego se apaga iniciando un periodo reformista, hasta la fecha en que Korsch escribió su libro, donde debía pasarse a una comprensión de época plenamente revolucionaria. Los procesos históricos, en la búsqueda del papel de la crítica para las transformaciones sociales, leídos a la luz de esta tesis, decantando posicionamientos radicales o reformistas, parecen coincidir con las acciones y cambios emancipadores que definen a sus principales actores y, de entre ellos, en singulares ocasiones, a la arquitectura.

En muy resumidas cuentas, el lector ha de tener este contexto en mente, y más si es exterior a la autoalimentada academia anglosajona, si quiere encarar la lectura del libro de Kaminer. *The Efficacy of Architecture* es un libro riguroso, profusamente documentado, originalmente estructurado, políticamente orientado, arquitectónicamente posicionado, culturalmente confiado, y quizá menos contundentemente cuando concluye, optimistamente esperanzado.

Cabe decir que el autor abre un corredor de autonomía por sí mismo en este debate, aportando un nuevo enfoque en un debate tan decantado en la literatura especializada.

Personalmente, la mera existencia de los pasillos que mantengan una posibilidad de resistencia y generar preguntas sinceras, aun siendo en discrepancia con mis propios planteamientos, ya me haría unirme a los esperanzados de enseñar y vivir una arquitectura eficaz.

de lenguajes no sintácticos y si *imaginables* para la excitación simbólica.

15 Ver: LAHIJI, N. Z. (2016). *Can Architecture Be an Emancipatory Project?: Dialogues on Architecture and the Left*. John Hunt Publishing.

16 Ver, como es habitual en Didi-Huberman, el espectacular texto que es el catálogo *Sublevaciones*, 2018, para el Jeu de Paume en París, en colaboración con el

MUAC (Universidad Nacional Autónoma de México).

17 BUCK-MORSS, S. (2004). *Mundo soñado y catástrofe: La desaparición de la utopía de masas en el este y el oeste*. Boadilla del Monte, Madrid: A. Machado Libros.